

estilo. Un programa que no diga nada es el más perfecto, pues no lastima las ideas que cree tener cada elector. De cada cien, noventa y cinco mienten lo mismo: la grandeza del país, los sagrados principios republicanos, los derechos del hombre, los intereses del pueblo trabajador, la moralidad política y administrativa. Todo ello es de una desvergüenza patibularia o de una tontería enternecedora; simula decir mucho y no significa absolutamente nada. El miedo a las ideas concretas se disfraza con el antifaz de esas vaguedades verbales.

Mediante una docena de frases vagas todo francés que cuente con el apoyo del gobierno puede llegar a diputado; aquí, como en todas partes, el gobierno gana cuantas elecciones quiere. Jaurés, por ejemplo, fué derrotado, pero la comisión revisora del escrutinio anuló unos cuantos votos al candidato contrario, sin alegar razones decentes, ni siquiera indecentes, proclamando electo al candidato gubernamental. El mundo es así. Cuando los regeneradores llegan al poder tienen que obrar como todos los gobiernos: «to be or not to be».

Se comprende que un hombre tenga el capricho de ser diputado alguna vez; ¡hay tantos caprichos en la vida! Pero es inexplicable el empeño de algunos ciudadanos por eternizarse en el congreso, como si la diputación fuera una ganga ó una carrera profesional. Henry Maret—cuyos cinco mil electores fueron derrotados por los cuarenta millones desplegados en guerrilla por su adversario, Rothschild—ha comentado su derrota diciendo que sólo fué candidato con el propósito de divertirse.

La carrera es absurda. Un teniente merece felicitaciones al ser nombrado capitán, lo mismo que un escribiente ascendido a auxiliar de secretaría;

toda carrera tiene un ascenso y ascender es un motivo de regocijo. La profesión de diputado no respeta esa regla. En las demás se deja el puesto para ocupar otro mejor; en ésta se lo pierde cada cuatro años y el pobre diputado tiene que recomenzar su vía crucis de enredos, promesas y discursos para... no ser más que antes si triunfa o desaparecer de la escena en caso contrario.

Sus amigos lo felicitan cuando es reelecto. ¡Magnífico! Es lo mismo que si cada cuatro años felicitaran a un vigilante porque sigue siéndolo, sin haber llegado a sargento, ni siquiera a cabo segundo. En ninguna otra profesión se considera como un éxito el permanecer estacionario; lo singular de la carrera electoral es que un ciudadano brega y se sacrifica veinte años o medio siglo para no dejar de ser lo que es. Los diputados antiguos son los más tenaces y empedernidos.

El ironista que asoma las narices en el atolladero electoral descubre, con sorpresa, que algunos hombres ilustres son víctimas del voto de la canalla mercenaria. Tan extraordinario acontecimiento se explica por la necesidad que sienten los mediocres de parapetarse tras el blasón intelectual de algunos selectos: un partido serio necesita adornar su lista con ciertos nombres respetados. Dos o tres eminencias son escudo eficaz para una recua de pordioseros morales: equivalen a la flor que luce en el ojal de un compadrito suburbano. Cuando es elegido un hombre de talento, meritorio o virtuoso, no debe sospecharse que es en homenaje a sus cualidades; los contrastistas de elecciones ignoran la dicha de admirar a los hombres superiores. Comercian simplemente sobre el prestigio del pabellón para dar paso a su mercancía de contrabando; son bandoleros que descuentan en el banco del

---

COMPAÑEROS.—Si queréis ayudar á la vida y difusión de **Renovación** suscribiros y buscadnos suscriptores. Se puede servir desde el primer número sin aumento de precio. El abono de la suscripción en el extranjero es: **2 dólares al año**. Pago anticipado. En Costa Rica: **1 colón trimestre**.